

largamente arraigadas de arrebatarse al trabajo el fruto de la realización personal y la contrapartida económica para satisfacer sus necesidades, unidas a la práctica de ofrecer la satisfacción y los ingresos sin la mediación del trabajo creador (a nivel de capital rentista y también a nivel de las mil formas de manguareo respaldado por el carnet político) han golpeado profundamente los resortes del país.

2) Por otra parte la misma izquierda se ha movido en buena parte en áreas de la actividad intelectual o política, sin que hubiera una verdadera exigencia de productividad. Con frecuencia se usufructúa la cuota rentista o de subsidio que el sistema otorga al profesional que se considera de izquierda. Con frecuencia en la izquierda la productividad es una mala palabra y el consumo embriagante es la justa compensación de la carencia de poder. Es claro que un cambio socialista automáticamente pondría al país contra la pared en la condición de dar el salto o fracasar como país productor austero e incluso podría desatar reservas humanas y morales hoy envilecidas. Pero no es honesto dejar para después el equipamiento para este salto cultural (es decir económico, social, político, ético...) o acercarse a él con las mayores probabilidades de fracaso.

De esta manera a las cinco tesis arriba mencionadas y que concluían en la imposibilidad del trabajo creador en una sociedad que con sólo la renta consigue los fines que se traza, hay que añadir la sexta

VI. El cambio de rumbo de Venezuela necesariamente se produce:

- a) por la implantación, como elemento rector de todo el sistema social del principio de la independencia nacional y la valorización del trabajo propio y de la justicia social como elementos humanizadores indispensables.
- b) por la obstaculización sistemática de todo acceso al capital y al consumo que no sea el paso por el trabajo productor. Trabajo y producción de aquello (y en la forma) que produzca las metas de independencia y humanización nacional señaladas.

Este cambio de rumbo lo tiene que encabezar el Estado, pero un Estado cuya referencia principal y cuyo soporte sean todos aquellos que padecen este sistema y no los que lo disfrutan precisamente gracias a las actuales distorsiones. No cabe duda de que un Estado decidido encontraría apoyo en sectores tan amplios como son los que hoy sufren el desastre nacional y contemplan cómo sus esfuerzos se esterilizan por una mala dirección del sistema en su conjunto que premia la viveza y la corrupción.

En un artículo posterior haremos un esfuerzo por vislumbrar los posibles caminos de un Estado conductor del país hacia su liberación.

CITAS:

- 1) Informe del Banco Central de Venezuela 1976
- 2) Mariano Picón Salas: Para un Retrato de Alberto Adriani. En Alberto Adriani: Labor Venezolana. Universidad de Mérida 1962. pág. XLIII.
- 3) Edwin Lieuwen: Petróleo en Venezuela. Editorial Cruz del Sur. Caracas, 1964. pág. 141.
- 4) Obra Citada. Prólogo pág. XV.
- 5) Informe del Banco Central de Venezuela 1976.
- 6) Véase Ramón Veloz: Economía y Finanzas de Venezuela desde 1830 hasta 1944. Impresos Unidos, Caracas, 1945. 420-460 p.
- 7) Véase Ministerio de Fomento Dirección General de Estadística y Censos Nacionales: Encuesta Industrial de Venezuela 1974. Resultados Nacionales.
- 8) Acción Democrática. Secretaría Nacional de Propaganda: Acción Democrática, Doctrina y Programa. Caracas, 1962. pág. 36.
- 9) Ibidem.
- 10) Ibidem.
- 11) Obra Citada, pág. 28.
- 12) Obra Citada, págs. 42 y 43.

UNA MUJER

ARTURO PAOLI

Doy gracias al Creador de haberme siempre invitado al espectáculo de los amaneceres. Somos pocos los que disfrutamos de este privilegio, porque las masas que emergen de la periferia de la ciudad, son arrancadas de la libertad del sueño, al espacio interminable abandonado por la alegría de la creación. El alba es sólo preludio de un día infeliz. Otros lo ven como el epílogo de una noche de evasión de la realidad no aceptada, o como el frágil abrirse de una esperanza después de una noche angustiosa. Somos pocos, pienso, que la saludamos como un nacimiento, con la sorpresa que uno tiene delante de lo inédito, de lo inesperado. A veces me ha parecido un precio demasiado alto la privación de un sueño animal prolongado, capaz de abastecer la energía necesaria. Me he arrepentido siempre de esta protesta de la carne, en ese momento intraducible en que la naturaleza entera se estremece y las estrellas parecen inmobilizarse, terminando su turno. Cuando adolescente, me dijeron que en aquel momento los agonizantes se mueren. La referencia me parece demasiado obvia para ser verdadera, pero es cierto que todos los suspiros del mundo se recogen en uno, en este traspaso de la noche a la madrugada. Creo que más que al lento emerger de las cosas, a esta aparición de las formas y de los colores, estoy invitado a este misterioso estremecimiento, a este brincar del universo, para que remueve esta feliz experiencia de la vida.

El momento me hace intuir algo de la resurrección, creo coger el misterio de la vida no en una claridad intelectualmente, pero en esta participación en el brincar de las cosas. Estas palabras de San Pablo no pueden haber sido pensadas sino en la convivencia con el surgir del día: "Aquí tenemos un misterio: todos moriremos, pero todos seremos transformados en un abrir y cerrar de ojos, al sonido de la última trompeta". (I Cor. 15: 51-52) Este momento, este parpadear del ojo, este traspaso, es tan significativo que coge to-

da la vida que se dispersa el resto del tiempo. Y en este occidente venezolano donde el alba es lentísimo, y el sol es perezoso para mostrarse, como en Brasil donde el sol entra preponente sin anunciarse, jamás he sido excluido de este momento, de este parpadear del ojo.

Lo repensaba aquella mañana subiendo con el pequeño gruo hacia la nube blanca instalada en el valle. Caminamos hacia la ciudad que encontraríamos fatigosamente, hacia las prácticas burocráticas irritantes, pero el espacio en el cual poco a poco entramos dentro de la luz crece guiándonos hacia el pueblo, nos concede este tocarnos en el fondo del ser espontáneamente, sin hacernos daño, un puro y lento despertarnos al ritmo con el cual aparecen las cosas. Una manada de pequeñísimos papagayos iluminan de verde el camino polvoriento, estorbando con gritos indiscretos la tranquilidad de nuestro diálogo.

Es la primera vez que Dionisia habla con un hombre. Del hombre ella ve mucho, de aquel que ha engendrado sus nueve hijos y ha hecho de ella abuela a los treinta y un años, de aquellos que vienen a su casa por cuestiones de trabajo, de negocios, de juegos; a los más, le dirigen un saludo, una broma, pero ninguno habla con ella. Ella conoce únicamente las órdenes, las decisiones hechas unilateralmente sin pedirle su opinión, los gestos rápidos que le piden varias atenciones sin una palabra de agradecimiento y sin ceremonia. En esta lenta bajada al valle, en la lentísima aparición de las cosas, Dionisia cuenta. A los quince años su esposo le ha hecho madre; en aquella edad uno no sabe lo que significa amar. La mujer sabe que debe obedecer al hombre. En casa jamás comen juntos. Cada uno agarra su plato cuando tiene hambre; ella sabe más o menos la hora en la cual cada quien exige su comida. Cuando una ha vaciado su plato, lo cual ha sido cargado sobre las rodillas, lo deja, y sale nuevamente a hacer lo suyo. Dijo Dionisia, "no sé como explicarme, pero en la cama sucede algo parecido

UNA MUJER

... " La luz del alba afortunadamente no revela el sonrojo de Dionisia. "El sábado llueven en casa muchos hombre: mi hermano, mi cuñado, amigos con mucha cerveza en el vientre. Hablan mucho entre ellos, a veces se enfurecen y me asustan". Dionisia no sabe cómo explicarme que no conoce el amor, no sabe cómo será, sabe sólo que aquello que la mantiene unida al hombre que la casó es el miedo. ¿Y los hijos: No, los hijos no, porque ella tiene los brazos fuertes y puede mantenerlos. Miro su figura atlética que hunde con indiferencia los pies en el colchón de polvo rosado fino como el talco, que en la época seca abunda a lo largo del cerro de Monte Carmelo. "Sí, es el miedo", reflexiona casi haciendo por primera vez una verificación. "Cuando siento que viene, debía sentirme feliz, que por fin no estoy sola, y es el momento en que me siento más sola". ¿Y por qué no ha enseñado a la hija mayor a no entrar en el círculo? "Es el destino de la mujer venezolana, someterse al hombre. Aun mi madre sentía miedo de mi padre, me he acordado después. Cuando él no estaba en la casa, ella hablaba fuerte, daba consejos, a veces cantaba. Cuando estaba él, se callaba, apenas se le sentía hablar. No sé ni leer ni escribir, me han criado como un animalito apenas sé firmar mi nombre". Pobre Dionisia, la veo desesperarse en su jaula sin posibilidad de salida. "Con quien debía hablar? Mi padre no me comprende. Las mujeres me dicen que los hombres son todos más o menos iguales y que no se puede fabricar un hombre especial. Me dicen que tengo un buen marido porque jamás me deja faltar lo necesario". A medida que nos alejamos de su casa y que la luz desenvuelve las cosas, parece que Dionisia habla con más desenvolvimiento y en un tono de voz más seguro. Finalmente puede hablar y sentirse escuchada.

Llegamos a la plaza de la iglesia, donde el viento juega pesadamente con pedazos de papel, con ojas secas, y todo lo demás que pueda entrar en su baile;

nos arrimamos al frente de la iglesia convencidos que nos iba a agarrar un repentino golpe de aire frío. Me invita a tomar un café, y la dejo pagar para que tenga esta pequeña experiencia de autonomía.

La presento a una abogada, segura de sí misma, friamente amable. Dionisa está sentada frente a ella y muerde el mango de su cartera. Cómo quisiera darle mi voz, mis palabras, sugerirle en aquél momento qué tenía que decir, qué actitud mantener para hacer una buena impresión. Cómo deseaba liberarla de su complejo de inferioridad. Hago algunas tentativas gafas, diciendo que Dionisia es una gran organizadora de su hogar, que es una vecina que no tiene precio pues cuando llega demasiada gente imprevistamente a visitarme en mi casita, Dionisia resuelve el problema de inmediato sin palabras. Pero mi apologética no le interesaba a la "doctora" y sobre Dionisia produce el efecto contrario. Continúa mordiendo su cartera, manteniendo sus ojos bajos en su obstinado silencio.

La doctora es mucho más hábil que yo: sus preguntas aparentemente secas, llegan a liberar a Dionisia de su convencimiento de no ser ni acogida ni escuchada. Yo había puesto en claro sus virtudes; es ciertamente la primera vez que recibe cumplidos de un hombre por los servicios que debía necesariamente cumplir y es más bien un recuerdo de su esclavitud lo que yo había recordado. La doctora ha captado en el aire el último abuso que ha sufrido Dionisa, el cual es la razón de estar allí. La doctora agarra el teléfono, para preguntar en qué punto se encuentra el caso; se trata de corregir un error en el acta de nacimiento de una de sus hijas. "Comprendo. Mañana debes informarme sobre este caso. No, la señora no puede volver, pues ya ha venido tantas veces y tú siempre le has dicho, mañana. Ahora ya no más". Delante de esta manifestación de poder, parece despertar en Dionisia una personalidad reprimida y humillada. "Sí, doctora, vine como quince veces, y tengo que dejar una cantidad

UNA MUJER

de niños abandonados a ellos mismos. Sin decir nada del gasto. Nosotros no contamos para nada, ni nos miran en la cara: 'regresen dentro de una semana'".

Me siento pequeño, pequeño. Había tocada una nota falsa, había buscado disolver la timidez de Dionisia exaltando su capacidad de organizarse, su virtud como ama de casa. Caí, a pesar de mis afirmaciones contrarias, en el error de todos los machos, de conceder benigneamente el diploma de virtud. Su comportamiento de niña confusa, había provocado mi improvisada defensa, quería decir que Dionisia no es como ahora aparece, y contribuía a mantener su cabeza baja, masticando el mango de la cartera, porque la mantenía en el estado de infancia. Y el segundo error —humillado, lo rumiaba dentro de mí— fue el exaltar sus virtudes domésticas, recordándole su estado de esclavitud. Dionisia no esperaba el diploma de la mujer valiosa, de la ama de casa, pero lo que se vé en un momento, en una intuición segura, en la persona de la doctora, una mujer que tiene en sí la capacidad de hablar, de ser escuchada. "No, chica, me preparas el documento para mañana, el documento que necesita mi cliente". Se capta en la que recibe la orden una resistencia destinada a ceder. Dionisia por fin levanta su cabeza y mira fijamente a la doctora sin timidez.

La seguridad de la doctora que hace sus negocios con la indiferencia del que está acostumbrado a entrar en este mundo impenetrable para Dionisia, se deslumbra en los bellísimos ojos de Dionisia. Ella no sabe que una mujer puede expresar una opinión o un deseo propio que no sea de otros. Y seguramente por esta intuición fue que sus palabras corrían fluidamente sin ninguna interrupción. La doctora la mira seria y complacida; Dionisia le hace medir el ancho y el largo de la eficacia de su comunicación telefónica. Haciendo de trasfondo a la protesta de Dionisia, explicaba que esta oficina a la cual acude Dionisia, se ha servido de jóvenes

laureadas ganando un mísero sueldo, que no querían ninguna de ellas, embarcar en investigaciones difíciles. La doctora traduce, en observaciones pacíficas y aceptadas, la larga experiencia del mundo burocrático, esto que expresa Dionisia en su lenguaje apasionado y sufrido. Detrás de este incidente burocrático que ha vivido en resignación fatalista, se despierta toda su experiencia de mujer. Las pocas conversaciones con sus comadres jamás la han confrontado con la injusticia que vive desde su infancia. Ahora la historia banal de un certificado mal hecho le da la ocasión de objetivar la injusticia. Las manos de los empleados desgastados o impersonalizantes le han entregado la hoja y le han prohibido como siempre añadir alguna palabra; ninguno dispone del tiempo para escucharla. Así que tiene que vivir sola, como sola come en una silla, su plato de carraotas y la arepa preparados por sus manos. Cuántas veces he sorprendido a Dionisia así y sé que no la estorbo: le agrada abandonar su plato en que comía comida y soledad, para servirme un café. "La primera vez que hablo con un hombre", me dijo aquella mañana, dando el verdadero sentido a la palabra hablar.

Miro a las dos mujeres de frente, la emancipada, la proletaria. Quizás la emancipada ha pagado su derecho de enfrentar la injusticia con una técnica hábil que no descompone su visible equilibrio, con la renuncia del amor. Dionisia no ha renunciado a nada, y ahí está toda entera herida en los puntos vitales, pero capaz de gritar contra una injusticia y de luchar porque ha sido borrada del mundo. Un mechón de su negrísimo pelo recogido para venir a la ciudad, se libera de la trenza y recae sobre sus mejillas; contrastando con el corte cortísimo de la doctora, una mujer que sabe perfectamente con qué método y qué estilo se entra en el mundo de la concurrencia masculina. Sabe que el estilo de la seducción se descubre fragilísimo y termina siempre con una derrota y ha escogido defenderse con la fuerza de su ha-

UNA MUJER

bilidad profesional. Dionisia no ha hecho ninguna elección: su belleza está allí sobre la silla, como no suya, como escapando de su control. No ha tenido el tiempo de conocerla y de servirse de ella; todo lo de ella ha sido utilizado con injusticia, su cuerpo y su capacidad de amar, paralizados por la violencia carnal. A la vez, ella, la proletaria, la herida, tiene en sí intacta la energía de sacudir desde la base la injusticia del macho. La doctora ha aprendido a pasar ilesa en este mundo de la injusticia: sabe cómo moverse dentro de este mundo sin ser herida, pero quizás no dirá jamás a nadie, ni mucho menos a sí misma, a qué precio. Pienso que su peinado correcto sin ninguna vanidad es el símbolo del precio que le ha dado la capacidad de moverse en este mundo con aparente normalidad. Al ausencia de vanidad de Dionisia tiene otro origen: el mechón de pelo que le golpea travesamente la frente dice que ella está todavía del otro lado de la mesa. Su estado de víctima está llena de vida y de esperanza.

Se me presenta de una manera clara en aquel encuentro breve y densísimo el problema de la mujer: no resuelto en Dionisia que coge en un espacio de tiempo demasiado corto, en una intuición que no ha tenido tiempo de tomar cuerpo, una posibilidad de reivindicación. No resuelto en la doctora que ve con una mirada ya sin sorpresa, dónde se oculta el manejo de esta injusticia. No es la responsable de una empresa próspera por injusta, y acepta las reglas del juego irreformables, y ha descubierto que la única justicia posible es salir afuera con las manos limpias. La otra es la proletaria que se queda presa en el engranaje, pero niega con la misma fuerza de sus llagas, el derecho de existir a una estructura que la oprime. La doctora ha encontrado en el trabajo el modo de emerger como mujer, y está dentro de la sociedad, conoce sus leyes y cómo usarlas. Es como el médico que ve con desprendimiento esos fenómenos del mal que para un paciente son horribles de

ver. Dionisia está excluida de la sociedad, está de-socializada, porque encerrada en el círculo familiar que a la vez excluye su tremenda fecundidad telúrica y atrofia su necesidad de expresarse y de ser escuchada. En esta oficina que en un primer momento la intimidaba, frente a otra mujer que está dentro de la sociedad; intuye el misterio de esta sociedad que excluye sus posibilidades de expresión y de defensa.

Yo, el hombre, aparte, comprendo en un momento mejor que a través de muchas lecturas, qué es la liberación femenina. Se me ilumina la posibilidad de una liberación común: ella, la doctora, puede ser salvada de esta fría habilidad que a la larga puede transformarse en cinismo, y Dionisia puede romper el círculo de su inexpresividad que en el fondo es la exclusión de la sociedad. Las dos están aún dominadas por el macho: la doctora porque paga su admisión a la sociedad con la aceptación tranquila de las reglas del juego que es un juego masculino. Dionisia está excluida de la sociedad por la violenta imposición de un rol de parte del macho. El macho admite la mujer a la sociedad bajo sólo dos condiciones: la de asumir un rol de representación como tienen las esposas de los políticos que viajan para luego recibir flores y hacerles compañía en las cenas de gala, o la de ser capaces de asumir sin protesta y sin denuncia el rol del macho. Se explica la grotesca masculinidad adoptada aún por mujeres preparadas para la lucha. Dionisia y la doctora, ambas, están de este lado de la liberación y la superioridad de una sobre la otra es más aparente que real. Por eso las pocas palabras de la doctora no especialmente cariñosas, han liberado a Dionisia de su timidez y han creado una corriente de simpatía entre ellas que mi afectuosidad paternalista no había logrado: las dos mujeres, la que está de este lado del escritorio y la que está del otro, se tocan por un momento en una base común, la de la liberación que significa el

UNA MUJER

derecho de estar en aquella sociedad y de rehacer la sociedad.

La oficina de la abogada, de muy buen gusto, podría ser el estudio de un psiquiatra, de un profesor de filosofía, de un empresario: Dionisia ha hecho sentir ahí dentro un algo que podría hacerse palabra y descomponer este orden.

Pobre Dionisia, la reencuentro echada en su cama sin fuerzas, rodeada de sus últimos hijos, que no juegan, quizás porque sienten algo de gravedad. El esposo está sentado delante de ella sin palabras como siempre. En su mirada angustiosa y perdida, no hay solamente la preocupación que proviene de la inclinación de este lado central que sostiene la tienda bajo la cual todos se recogen. Quizás hay también amor, un amor bloqueado por la cultura que le ha sido transmitido a través de la carne y la sangre más que a través de las leyes, la prohibición absoluta de ser terno. Su masculinidad está amenazada por cualquier pequeña penetración de ternura. Y él está pagando caro por esta ley inscrita en su vida.

"Nervios", explica una comadre que sostiene la cabeza de Dionisia: el médico dice que no tiene nada, pero no duerme, no come, no retiene la comida. También Dionisia como tantas, ha salido para luchar contra la sociedad, por no quererla como es, y ha sido liquidada rápidamente. Los médicos —porque más de uno le ha visto— le dan calmantes, solicitados por parientes ansiosos de que le descubran una enfermedad, que le propongan una operación o del estómago, o del apéndice, o que encuentren un órgano sospechoso. Puede ser que Dionisia entre en este juego, ella así de fuerte y segura en el círculo de su casa, fulminada tan pronto apenas tocando los límites del otro círculo. Como todos los guerrilleros de América no han logrado hasta ahora penetrar en la roca del poder político, tampoco Dionisia ha logrado penetrar el círculo y su fragilidad está extendida sobre esta pobre cama que chilla bajo el pe-

so de su cuerpo joven y de los cuerpos que se aprietan alrededor suyo para que no se vaya. Todo el calor humano que se concentra a su alrededor no parece capaz de reanimarla a continuar la lucha. La fuerza de la vida que se refleja en nueve vidas florecientes que se abrieron en poco tiempo, en un momento se les ha visto nacer y crecer, se ha estrellado contra la piedra de la ciudad amurallada del hombre.

Sé que algo nuevo ha entrado en la vida de Dionisia; ciertamente ha visto como en un relámpago un otro modo de transmitir y de hacer crecer la vida. Antes del encuentro con la doctora había proyectado hacer parte de un grupo de trabajo y el esposo le había tajantemente y prepotentemente negado esta libertad. Estas tentativas tardarán quizás en hacerse conciencia y en ser recogidas en un plan de liberación pero se conservan en incubación y esperan la madurez histórica. No hay movimiento hacia la liberación que se haya perdido, la liberación jamás se ha abortado en la historia, porque la misma historia ¿qué otra cosa no es sino un movimiento de la liberación? El tiempo hará que este gran proletario se una. Dionisia y la doctora descubrirán con el tiempo este ligamen común que supera el antagonismo entre las clases, porque el derecho de pertenecer a la sociedad donde se generan las clases y los antagonismos entre las clases, o ha sido negado a la mujer o le ha sido concedido un permiso de ingreso falsificado. La mujer emancipada debe descubrirlo y voltearse para atrás, hacia aquéllas que todavía no son proletariado pero que visceralmente aspiran a entrar en esta gran fuerza histórica. Cuando la doctora y Dionisia descubran que tienen un destino común, y esta intuición se hará consciente y será sostenida por el dolor secular de la mujer y de su capacidad de ser humana, emergerá la mujer como la fuente de este hombre nuevo que es el punto hacia el cual aspira el proyecto del hombre, que brota de una sociedad moribunda.